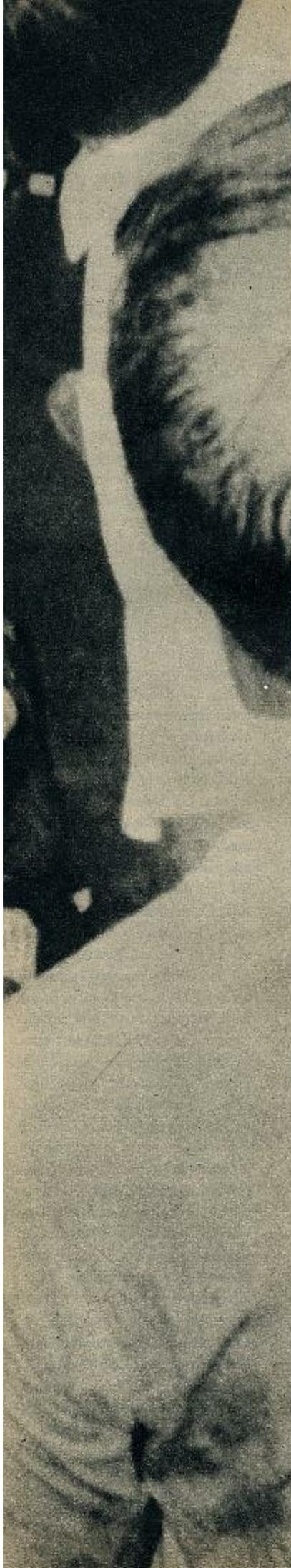




Sirhan Bishara Sirhan, veinticuatro años, sospechoso de disparar sobre el Senador Robert Kennedy, cuando éste anunciaba su triunfo en las primarias de California en el hotel Ambassador, de Los Angeles. ¿Otro «loco solitario» como Lee Harvey Oswald? TRIUNFO —la primera publicación que apuntó y demostró la hipótesis del complot cuando el asesinato de Dallas— ofrece ahora junto a la interpretación general de Haro Tecglen en páginas anteriores, este urgente Informe de Buchanan, el hombre que desmontó las conclusiones del report redactado por la Comisión presidencial presidida por Earl Warren. Thomas Buchanan considera que el crimen de Los Angeles es una continuación del magnicidio de Dallas, un proceso que no se cerró con los disparos de aquel 22 de noviembre, ni con el conformista Informe de la Comisión designada por el Presidente.



THOMAS BUCHANAN

EL ASESINATO DE OTRO KENNEDY

LAS pesadillas son terribles porque en ellas se repiten hechos ya conocidos y cuyo final conocemos de antemano. Otro Kennedy ha vuelto a encontrar a otro Oswald y de nuevo la vida de los Estados Unidos ha sido alterada.

Los funcionarios municipales de Los Angeles —al igual que los de Dallas— acusan del asesinato a los «comunistas» aunque la víctima —como ocurrió con John Kennedy— era considerada hasta ahora procomunista por los grupos de extrema derecha que apoyan la intervención americana en Vietnam y se oponen a la igualdad de los negros.

El Fiscal General de los Estados Unidos —un ex Presidente de Dallas—, Clark, fue elevado a su actual cargo por Lyndon Johnson; pues bien, este hombre ha declarado que la posibilidad de una conspiración sobre la que se ha investigado ha sido rechazada. La investigación estaba ya cerrada antes de haber hecho declaración alguna el propio presunto asesino. Portavoces del Departamento de Estado llegaron a una conclusión semejante con la misma asombrosa eficiencia.

De acuerdo con esto, el guión sigue siendo el mismo.

ACTO I: Las autoridades locales, que representan siempre a una administración municipal de derechas, acusan a los comunistas y aluden así a una conspiración.

ACTO II: La Administración nacional, temerosa de las repercusiones diplomáticas, niega entonces esto y sugiere que el asesino fue un loco

solitario influenciado por una ideología extranjera y por lo tanto «anti-americana».

ACTO III: El Presidente nombra una Comisión para investigar el problema y tranquilizar al público. Esta Comisión llegará a dos conclusiones: primera, que no existe ninguna prueba de una conspiración en el asesinato de Kennedy; segunda, los americanos tienen fácil acceso a las armas.

Se comprende que los funcionarios del Gobierno americano deberían empezar a preguntarse cómo es que estos acontecimientos ocurren tan frecuentemente. Entre los dos asesinatos de los Kennedy han ocurrido muchos otros asesinatos o intentos de asesinato motivados por antagonismos políticos.

Agosto de 1964: Descubrimiento en Mississippi de los cuerpos de dos hombres blancos y de uno negro, los tres activistas en la lucha de los derechos de los negros. Asesinos presuntos: un grupo de fanáticos de derechas.

Febrero de 1965: Asesinato de Malcolm X, dirigente de los Musulmanes Negros (Black Muslims). Los disparos fueron hechos por otros negros. ¿Instigados por quién? Los seguidores de Malcolm X acusan a la CIA de planificar la ejecución de Malcolm X.

Agosto de 1965: Asesinato de Jonathan Daniels, defensor blanco de los derechos de los negros. Presunto asesino: un fanático de derechas. Entre otros blancos, opuestos a la supremacía racial, atacados en 1965,

están James Reed, un pastor protestante, golpeado a muerte en Alabama; Richard Morrisroe, un cura católico, herido de gravedad; y Viola Gregg Liuzzo, madre de cinco hijos, muerta de un disparo en Alabama. La lista de víctimas negras durante 1965-1966 sería demasiado larga para enumerarla aquí. Los presuntos agresores, la mayoría de los cuales están todavía en libertad, son fanáticos del ala derecha.

Agosto de 1967: El jefe del partido nazi en los EE. UU., George Lincoln Rockwell, es asesinado, única persona de extrema derecha que ha muerto en esta forma. El asesino era un rival de su mismo grupo.

Abril de 1968: Asesinato del líder negro Martin Luther King cuyo asesino fue ayudado según se supone ahora por una red de compinches.

¿Acaso es la facilidad para disponer de armas el problema básico?

Es cierto que hay 49 de los 50 Estados en los que un americano puede comprar un rifle, un bazooka o un lanzador de cohetes sin que ni siquiera se le pida un permiso. Las mismas armas que fueron utilizadas en 1963 en Dallas se podían conseguir en 1968 de los mismos vendedores. En el segundo aniversario del asesinato de John F. Kennedy un reporter del *Morning Call* de Nueva Jersey probó esto al encargarse que se le enviara una de ellas a nombre de «L. H. Oswald». Recibió el arma por correo. Nadie le preguntó nada. Posiblemente sea cierto que gracias a la facilidad con que se pueden conseguir estas armas se hayan doblado

los crímenes, robos y otras agresiones violentas en las ciudades de los EE.UU. durante la última década.

Sin embargo, el asesinato de un hombre como Robert Kennedy o Martín Luther King no es un crimen ordinario. Uno apenas puede encontrar una explicación para ello manejando el análisis de las estadísticas criminales corrientes. Los líderes de una nación raramente mueren en unas disputas de tabernas. No son asesinados por maridos celosos ni por alguien que intente robarles.

La política es, por definición, colectiva. Un asesino político tendrá siempre acceso a un arma.

Se dice que el ataque a Robert Kennedy ha sido planificado y ejecutado por un simpatizante de un país extranjero —en este caso las naciones árabes. El agresor de Kennedy era un ciudadano jordano que gritó «Lo hice por mi país» después de haber disparado su arma. Cuando se combina con el hecho de que el Senador había sostenido recientemente una posición fuertemente pro-israelista que, según dijo, aplicaría si fuera elegido Presidente, el motivo del crimen parecería claro y el hecho de que tuviera lugar en el aniversario de las hostilidades israelitas del año pasado parecería darle un valor simbólico de acto de justicia.

La hipótesis tiene un atractivo particular para aquellos que están implicados en la defensa de la imagen americana. Según se sostiene en los círculos oficiales los americanos no matan a sus propios jefes. Por supuesto Malcolm X y Martin Luther King no sostenían las posturas del Gobierno...

Pero antes de aceptar esta hipótesis, sería prudente repasar lo que ocurrió con las primeras hipótesis presentadas por el Gobierno de los Estados Unidos sobre el crimen de Dallas. El Fiscal del Distrito de Dallas, Henry Wade, dijo que Oswald actuó en apoyo de Castro, y la Comisión del Presidente encabezada por Warren, publicó un informe en 1964 que tendía a confirmar esta suposición. Se ha demostrado durante la investigación de Garrison que esta presunción era completamente falsa. Aparece ahora que Lee Harvey Oswald no fue en ningún momento un admirador del régimen de Castro. Su primer interés por Cuba data de veintiséis meses después de su ingreso en el Cuerpo de Marina de los Es-

tados Unidos, una vez trasladado el 22 de diciembre de 1958 a una unidad de radar de un Cuerpo de Marina en El Toro, California. Aquí se le confió la responsabilidad de la vigilancia de los aviones que se aproximaban y en estas circunstancias sirvió como jefe de tripulación, debido a la experiencia que para entonces había adquirido. Por entonces tenía acceso al código secreto de señales utilizadas por la aviación (Informe Warren, página 685). Todo el personal militar conocedor de estos datos estaba sujeto a la continua investigación de los servicios de información de los EE. UU., estos trabajos no se confiaban nunca a los técnicos de radar cuya lealtad presentase la mínima duda.

El Comandante en Jefe de la tripulación de radar de Oswald era John E. Donovan, un joven teniente con una educación más orientada a la diplomacia que al radar. Donovan se había graduado en el Colegio de Servicio Extranjero (School of Foreign Service) de la Universidad de Georgetown, en Washington, centro de entrenamiento para aquellos interesados en la diplomacia o en otras agencias gubernamentales dedicadas a servicio exterior (anexo del Informe Warren, volumen 8, página 290). Le dijo a la Comisión del Presidente que había sostenido frecuentemente largas discusiones con Lee Harvey Oswald acerca de asuntos internacionales, especialmente sobre problemas de América Latina, particularmente de Cuba, donde la revolución de Castro había alcanzado su climax (Idem, pág. 295). Había también en el grupo de siete hombres que dirigía Donovan un joven de origen latino, Nelson Delgado, que hablaba español y que se había manifestado partidario de Castro. El teniente pidió al «veterano» Lee Oswald que hablara a este joven recluta y que descubriera lo que Delgado pensaba acerca de la Revolución Cubana. Oswald había tenido frecuentemente problemas por desacatos y mal comportamiento; sin embargo, nunca por actividad política. Había sido juzgado por un tribunal militar el 11 de abril de 1958 por poseer una pistola sin autorización. El 27 de junio de 1958 había sido juzgado nuevamente por un tribunal militar, esta vez por participar en una pelea de borrachos en la que su adversario era un sargento. Tuvo que permanecer más de un mes en prisión.

Oswald prometió al teniente su cooperación. Entró en contacto con Delgado y sostuvieron conversaciones so-

bre Cuba (Informe Warren, página 687). Oswald preguntó a Delgado si estaría dispuesto a abandonar los Marines y unirse al ejército cubano en una expedición a las otras Islas del Caribe para «liberarlas también». (Anexo del Informe Warren, volumen 8, página 240.) Cuando Delgado indicó que podría estar interesado en ese proyecto, Oswald le dijo que estaba en contacto con los representantes diplomáticos de Castro y que podría ayudarle a incorporarse al Ejército Cubano, pero Delgado no se fió de él y pensó que estaba mintiendo (Idem, página 241). Más adelante, Oswald volvió a aparecer con un documento oficial cubano que le pareció auténtico a su joven amigo y Delgado decidió entonces que podía fiarse completamente de él (Idem, páginas 241-243). Cuando el teniente Donovan fue interrogado por la Comisión del Presidente sobre por qué no había intervenido cuando Oswald había informado sobre esta discusión, Donovan afirmó que «lo que dijo acerca de Castro no era una creencia impopular en esos tiempos» (Idem, página 293).

Oswald cumplió tan bien esta pequeña misión que fue reclutado por un organismo que tenía el suficiente poder para liberarle del resto de su servicio militar. Esto se explicó al público por la enfermedad de su madre. Sin embargo, cabe señalar:

1.º Su enfermedad había tenido lugar un año antes de esto. Ya estaba recuperada y se había reincorporado a su trabajo.

2.º Lee no era su único hijo. Tenía éste otros dos hermanos mayores capaces de ayudar a su madre.

Oswald partió en seguida a Rusia. Allí fue recibido con más desconfianza que la que había tenido Delgado con él. Después de su repatriación permaneció en contacto con la CIA en Texas a través de su agente George de Monhrenschildt, su mejor amigo en Dallas y con David Ferrie en Nueva Orleans.

Se recordará que Ferrie era el antiguo piloto de la línea aérea comercial que fue hallado muerto el año pasado después que el Fiscal de Nueva Orleans declaró su intención de arrestarlo por su conexión con el asesinato de Kennedy. Se cree ahora que Ferrie era el líder de un pequeño grupo entrenado para llevar a cabo operaciones contra el régimen de Castro en Cuba. Este grupo, al igual que muchos otros, era armado y financiado por la CIA. Su campo secreto de entrenamiento estaba situado cerca del lago Pontchartrain. Lee

Harvey Oswald perteneció a este grupo, cuyos miembros fueron reclutados mayormente entre los cubanos anticastristas en Nueva Orleans. Como en el pasado, el papel de Oswald fue el de identificarse a sí mismo en público como simpatizante de Castro, pero las octavillas que repartió llevaban la dirección de una oficina del Consejo Revolucionario Cubano, uno de los organismos anticastristas más vehementes. (Comisión Warren, documento 1.414.) Los simpatizantes del Gobierno de Castro eran puestos en las manos de sus enemigos si contestaban a la octavilla.

Los objetivos originales de este grupo no son todavía claros. El esfuerzo de Oswald para obtener un visado cubano en el Consulado de Méjico hace pensar que se esperaba que fuera recibido sin desconfianza en ese país y que sería, por lo tanto, capaz de ayudar a otros miembros del grupo que llegaran en secreto —posiblemente en el avión de Ferrie— para intentar un sabotaje o, incluso, el asesinato del Primer Ministro.

Pero intervino un factor imprevisible: John Kennedy comenzó a negociar secretamente a través de su representante en las Naciones Unidas, William Attwood, y de cauces no oficiales con el Gobierno Cubano («Los Rojos y Los Negros» —«The Reds and the Blacks»—, por William Attwood, Harper and Row, 1967). Ambas partes habían decidido que ya era hora de terminar con la Guerra Fría. Cuatro meses antes de su asesinato, Kennedy dio órdenes (a través de su hermano Robert, que era el Fiscal General entonces) a los agentes del FBI de que detuviesen todos los preparativos para invadir Cuba que se estaban llevando a cabo en territorio americano. Esta orden impulsó a los hombres del FBI a hacer unas incursiones en los campos de entrenamiento de la CIA. Este último organismo no lo podía impedir puesto que fue emitida una orden presidencial que requería su cooperación. El arsenal de la unidad de David Ferrie, en el lago Pontchartrain, fue uno de aquellos en que se confiscaron armas y municiones. Unos meses antes de su muerte el Presidente llegó inclusive más lejos. Se había preparado un encuentro entre Robert Kennedy y «Che» Guevara, en Méjico. Si éste tenía éxito, John Fitzgerald Kennedy y Fidel Castro deberían concertar una reunión cumbre.

No se conoce todavía en qué nivel administrativo de la CIA la oposición a la nueva política exterior del Presidente pasó de una simple

EL ASESINATO DE OTRO KENNEDY

desaprobación a una insubordinación. El viaje de Oswald a Méjico tuvo lugar un mes después de que se observara el cambio de política, aunque una fotografía tomada cuando Oswald entraba en el Consulado Cubano en Méjico muestra que había un hombre de la CIA con él, según ha declarado el Fiscal de Nueva Orleans, Garrison. De cualquier forma está claro que Ferrie tomó la decisión de que su propio comando debería abandonar su objetivo original y que el propio Kennedy sería su blanco. Su decisión fue análoga a la de John Wilkes Booth durante la guerra civil americana.

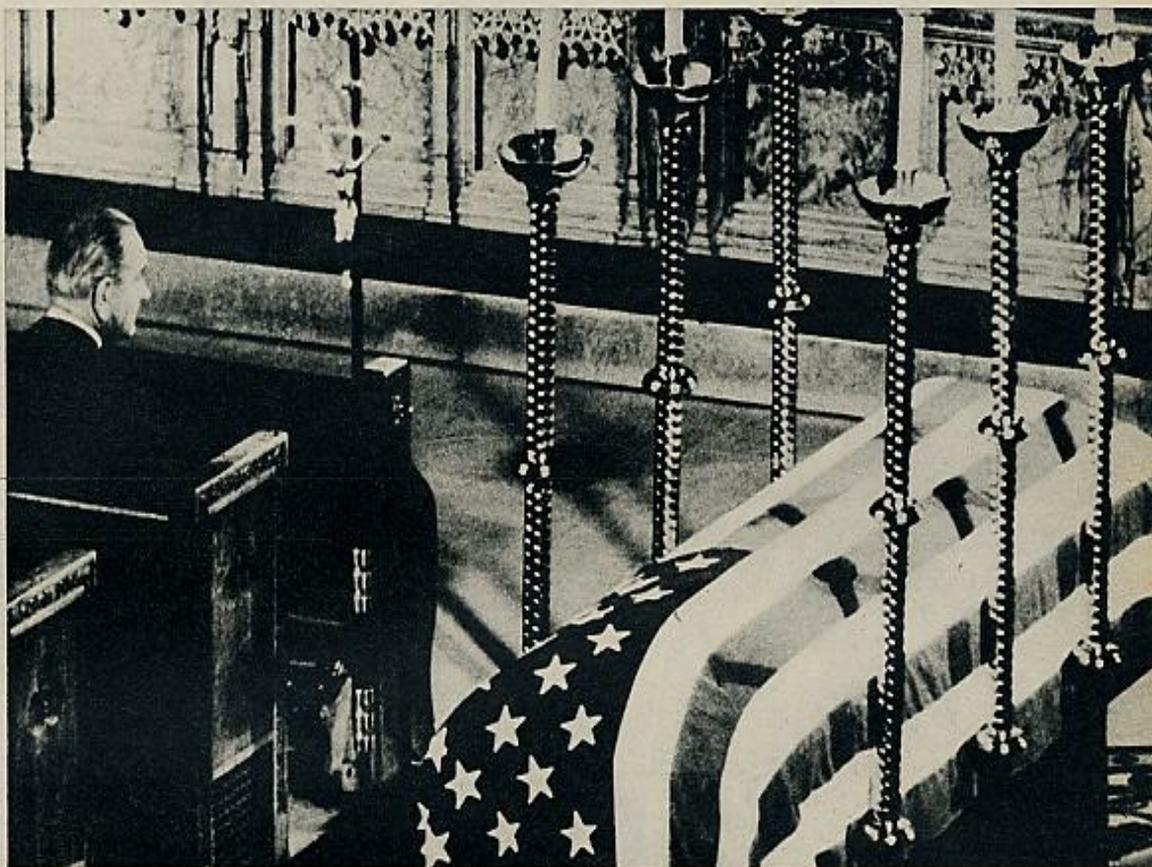
Los detalles de los sucesos de Dallas serán conocidos cuando los abogados fiscales de Clay Shaw, supuesto cómplice de Oswald y Ferrie, sean obligados a terminar con las tácticas obstructivas. Hasta ahora han logrado retrasar el nombramiento de un jurado que examine las pruebas recogidas por el Fiscal de Nueva Orleans, Garrison contra Shaw. En sus esfuerzos para retrasar la audiencia se han beneficiado, según acusa el fiscal de distrito, de la complicidad de los funcionarios de la CIA.

Contrariamente a la opinión general, el caso contra Shaw no se basa en el testimonio de un grupo de testigos cuya sinceridad puede ser sospechosa. Entre las pruebas materiales cuya existencia ha sido ya revelada, existe una agenda hallada en el bolsillo de Clay Shaw. En esta agenda figura el número de teléfono privado —que no aparece en el listado— del asesino de Oswald, Jack Ruby. Oswald también tenía este número en su agenda cuando fue arrestado. En ambos casos el número constaba como «P. O. Box 19106», en un intento de disimularlo. Los investigadores de Garrison han descifrado otros mensajes secretos en ambas agendas.

Esta claro ahora que el papel que jugó Oswald en Dallas era el de desacreditar a los cubanos al presentarse como simpatizante de un régimen que detestaba. El objetivo político del grupo que asesinó a John F. Kennedy era el de invertir la nueva política del Presidente de coexistencia con los cubanos, incitar la opinión pública contra Castro y justificar la agresión armada de los EE. UU. contra Cuba. Los dos primeros objetivos fueron cumplidos, y el tercero no llegó a realizarse.

Estamos autorizados en este momento para hacernos la pregunta que deberíamos haber formulado en 1963:

¿A qué intereses ha servido el asesinato de Kennedy? ■ T. B.



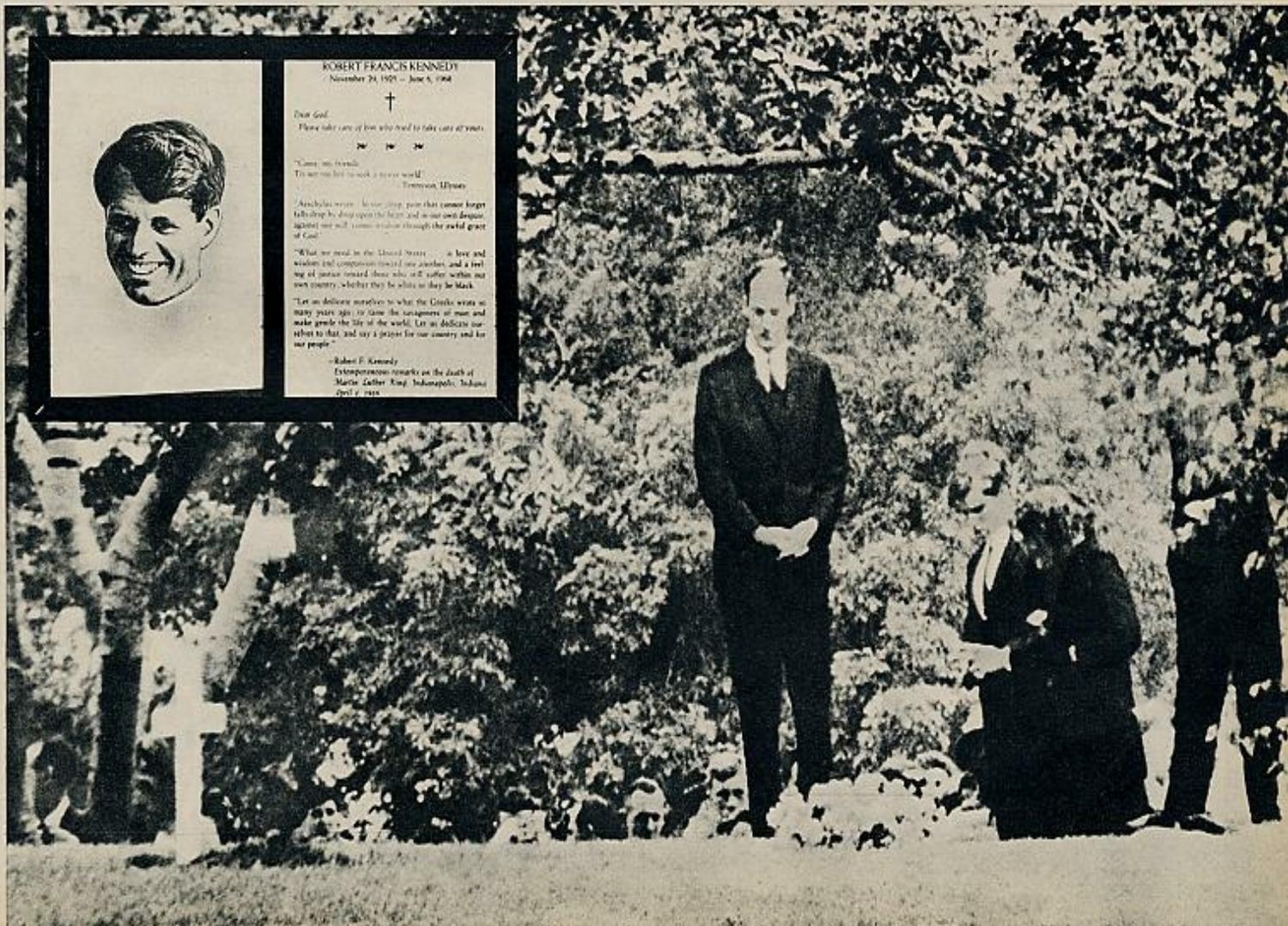
Lyndon Baynes Johnson en la catedral de San Patricio, junto al cadáver de Robert Kennedy. Es la segunda vez que Johnson, como Presidente, asiste a las honras fúnebres de un Kennedy. Abajo, Edward Kennedy rinde tributo a su hermano muerto. A su lado: Johnson, su policía de escolta, Earl Warren, John Lindsay y Eugene McCarthy.



EL ASESINATO DE OTRO KENNEDY



Arriba: Jacqueline, Robert Kennedy, Jr. (catorce años) y Ethel Kennedy, en los funerales. Abajo: Ethel y su hijo Joseph rezando ante la tumba de Robert Francis Kennedy en el cementerio nacional de Arlington, enterrado junto a su hermano John. El recordatorio del Senador asesinado. En la página anterior, el pequeño Christophe en el entierro de su padre; debajo, el Presidente Lyndon Baynes Johnson y Lady Bird; detrás de ellos Edward Kennedy.



ROBERT FRANCIS KENNEDY

November 24, 1925 - June 6, 1968

Dear God,

Please take care of him who tried to take care of yours.

"Care on friends,
To me no less to seek a better world."
—Freeman Dyson

Archbishop wrote: "In our deep pain that cannot forget
falls deep by deep upon the heart and in our own despair
against our will, comes a vision through the awful grasp
of God."

"What we need in the United States . . . is love and
wisdom and compassion toward one another and a feel-
ing of justice toward those who still suffer within our
own country, whether they be white or they be black."

"Let us dedicate ourselves to what the Greeks wrote so
many years ago: to tame the savagery of man and
make gentle the life of the world. Let us dedicate our-
selves to that, and say a prayer for our country and for
our people."

—Robert F. Kennedy

Extemporaneous remarks on the death of
Martin Luther King, Indianapolis, Indiana,
April 7, 1968

